

De mi mente en los senos recogida;
Te adivino en mi pecho,
En mi alma dolorida,
En mi triste destino y en mi vida.

Así dulce me atiendas
Cuando mi acento en su fervor te aclame,
Y benigna descieras,
Y tu mano derrame
Consuelo en mi dolor cuando te llame.

Así, luz de belleza,
Me conceda tu gracia protectora,
Para cantar tu alteza,
Un destello, Señora,
Del puro rayo que tu lumbre dora.

Así propicia y tierna
Nos des amparo y tu piadosa guía,
Y hasta la vida eterna
Sea tu nombre, María,
La santa enseña de la patria mía.

DON BERNARDO LÓPEZ GARCÍA

LA FE Y LA RAZÓN

I

Quando la cruz coronó
A la cúpula valiente
Que Miguel Angel potente
Sobre el templo levantó,

Dios que escuchaba el cincel
Más cercano cada día;
Dios que las piedras veía
Subir, subir hasta Él,

Al ver la mole arrogante
Suspensa en mitad del cielo;
Contemplando el raudo vuelo
De aquella creación gigante;

Al ver como hasta su pie
Soberbio el templo se alzó,
«¡Quién llega hasta mí!» gritó,
Y el templo dijo: «¡La Fe...!»

Entonces Dios, siempre bueno,
Bendijo belleza tanta:

Por no herir la mole santa
Pasó arrebatado el trueno;
La hirviente borrasca impía
Al estrellarse en sus muros
Llenó los cielos oscuros
De religiosa armonía,
Y el sol dejando el tesoro
De su magnífica frente
Sobre aquel templo esplendente,
Tan brillante, tan sonoro,
Dió viveza á sus calados:
Movimiento á sus pilares;
Besó en los blancos altares
Los mármoles delicados;
Y dando con efusión
Su luz clara y purpurina,
Fué la lámpara divina
De la gran decoración.
.....
Desde entonces, por liviano
Murjó el arte viejo y rudo;
Sobre el peñón quedó mudo
De asombro el cincel pagano;
La artística Roma en coro
Saludó al arte infinito,
Con el gran arco de Tito,
Con el Circo y con el Foro;
Y las estatuas de Atenas
Honra de la Grecia esclava;
Aquellas diosas de lava
Que arrancan fuego á las venas,
En sus pedestales rudos

Mudas de vergüenza vieron,
Como las yedras cubrieron
Sus pechos antes desnudos;
Y era porque ante el fulgor
De la cristiana pureza,
Hasta la naturaleza
Velaba por el pudor...!

II

Todo cambió con la luz
Que en aquel templo elevaron;
El marca cómo brotaron
Nuevas artes de la cruz.
La piedra que antes liviana
Hizo eternas las pasiones
Arrancando sensaciones
A la impudicia pagana,
Bajo el cristiano cincel
Que en la gloria se ilumina,
Tomó la forma divina
De la virgen de Israel:
Retrato del Redentor
La faz amorosa y grave,
Trazó el contorno süave
De la madre del dolor;
Copió el sollozo, el suspiro,
La fe, la vida, la gloria;
Llenó de encantos la escoria
De nuestro pobre retiro;
Y era porque Dios, hermano
De los que le amaban fieles,

Mandaba al mundo cinceles
Para el artista cristiano.

.
Y no tan sólo el peñón,
Su ser el arte cambiaba.
También el lienzo entonaba .
Su más solemne canción.

Mientras Cellini á la historia
Daba su nombre y su brillo,
Ya fermentaba Murillo
Con el fuego de la gloria:

El gigante apareció:
Lo eterno brillaba en él;
Donde llegó su pincel
Sólo su pincel llegó;

Empapado en la grandeza
Del espíritu cristiano,
Con su aliento sobrehumano
Domó á la naturaleza;

Y de su potencia en pos
Volando en vuelo fecundo,
Después de abarcar el mundo,
Pintó á la gloria y á Dios.

Gigante que al orbe asombra
Bajó á la tumba, dejando
Al arte nuevo pensando,
Y al arte viejo en la sombra;

Porque en su audaz corazón
Que en sus creaciones se ve,
Vivieron mundos de fe,
Con mundos de inspiración.

III

¡Revolución esplendentel...
Cuán inmenso es su poder...
La *luz* se principia á ver
En cada creación naciente.

Cantando un himno profundo
Se alzan moles colosales;
Con manto de catedrales
Principia á cubrir el mundo.

Y no es ya en el Partenón
Donde el arte se ilumina;
La basilica mezquina
De la griega ostentación,
Es pequeña ante la idea
Que en el templo soberano,
Cual sol del arte cristiano
Bajo la cruz centellea.

El genio volando en pos
Del más inspirado anhelo,
Coje en la cúpula el cielo
Para ofrecérsela á Dios.

Alza la nave altanera
Por cima del monte grave;
La cruz corona á la nave
Como la luna á la esfera;

Y al par que la estatua brilla,
Y el lienzo se anima y llora,
Y el arpa consoladora
Trémula al genio se humilla;
El cincel, y la canción,

El lienzo, el mármol, el oro,
Y el órgano que en el coro
Canta nuestra redención,
Al alzar su canto allí,
Donde á Dios el alma ve,
Dicen: «Señor, soy la fe
Que se levanta hasta ti.»

IV

Hoy... dormido está el laúd;
Dormido el pincel divino;
La estatua gira sin tino
Del arte en el ataúd.

Ya los duros pedernales
No toman formas humanas;
Mudas las artes cristianas
No levantan catedrales.

Sólo la música pura,
Sólo el arte de Stradela,
Como un risueñor que vela
De la fronda en la espesura,

Cantando gloria ó pasión
Desde un árbol de otro mundo,
Contempla el astro fecundo
De la gran revolución.

V

Es otro siglo... ¡Escuchad!...
El hierro arrumba y golpea,
En el taller de la idea

Se funde la humanidad.

El genio que se lanzó
Ayer tras de la belleza,
Roba á la naturaleza
Lo que cien siglos guardó.

A su luz el pensamiento
Domina montes y mares,
Los peñascos seculares
Se desprenden de su asiento,

Y en vez de alzarse á la altura
En cúpulas ó palacios;
En vez de hendir los espacios
Al sol de la arquitectura,

Bajan formando torrentes
De la tierra á las entrañas;
Unen abiertas montañas,
Forman arcos, forman puentes;

Y cuando el hombre sereno
Los arrianca al monte mismo,
O descenden al abismo
O se levantan al trueno.

El cincel que nos asombra
Por las obras que animaba,
Hoy en las rocas se clava
¡Pasol gritando á la sombra;

Abre inmensas galerías
En las montañas más graves;
Por sus magníficas naves
Gigantescas y sombrías,

Raudas, hirvientes, sonoras,
Corren cubiertas de galas,
Locomotoras con alas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. Y P. L. M. A.
"ALFONSO REYES"
Aprob. 1625 MONTEREY, MEXICO

Más rápidas que las horas.
Allí penetra y se extiende
El hilo en que va el acento;
Cuando pasa el pensamiento
La negra sombra se enciende;
Porque al verse sorprendida
La virgen naturaleza,
Canta á la humana grandeza
Confesándose vencida.

VI

¡Siglos de fe y de razón!...
¿Cuál es más grande, Dios mío?
¡Ayer, arte y desvario...
Hoy... ciencia y revolución!
Ayer el peñón sereno
La gloria de Dios cantaba;
Hoy la tormenta es esclava,
Esclavo el rayo y el trueno!
Ayer el lienzo brilló
Con el fuego de Dios mismo!
Hoy se ilumina el abismo
Que Dios con la mar cubrió.
Ayer en la sombra muda
Brillaba la fe bendita;
Hoy... entre la luz se agita
Cual negra sombra la duda.
Ayer con la fe por guía
Sin otra luz ni otro muro,
En lecho de sombra oscuro
La humanidad se dormía;

Hoy con fiera voluntad
Fijo y seguro timón
La barca de la razón
Conduce á la humanidad;
Y por la mar adelanta...
Y no detiene su vuelo;
Y desde el mundo hasta al cielo,
Todo vacila á su planta;
Ya está lejos... ¿Dónde irá?
¿Será presa de su ardor?
¡Busca un puerto!... tiene amor...
La nave se salvará.

VII

¡Miradla!... No hay que temer;
Siglo que en tan honda liza
Tan grandes obras realiza,
Sabe adorar y creer.
Mundo que de su ansia en pos
Vuela en tan rápido vuelo,
No está solo; desde el cielo
Le tiende su mano Dios.
Si los templos seculares
Cantan de ayer las creencias,
Hoy nuestras propias conciencias
Son templos y son altares.
Libre el pensamiento humano
Á Dios ofrece su culto;
Ese templo tan oculto
Es el templo más cristiano.
Alzando en su utilidad

El siglo cuanto proclama,
No se ama así, sino que ama
A Dios, en la humanidad.

Por eso la reflexión
Nos dice al vernos sentir,
Que la fe no ha de morir
Ahogada por la razón;

Sino que en vuelo fecundo
Las dos uniendo sus lazos,
Van á confundir sus brazos
Para redimir al mundo.

DON FERNANDO VELARDE

¡ADIÓS!

Santiago de Cuba, 1846.

¡Qué breves fueron las felices horas
Que en dulce calma disfruté contigo!
Pasaron como rápidas auroras
Y ¡adiós! temblando de pesar te digo.
Aunque mis largas desventuras lloras,
Aunque me llamas cariñoso amigo,
Mi nombre oscuro olvidarás mañana
En la ruidosa confusión mundana.

Jamás la pena el corazón te oprima,
Ni desgraciada por el mundo vayas,
Ave extranjera en apartado clima,
Náufrago errante en extranjeras playas:
No es agudo el pesar que te lastima,
Aunque tan tierna en el dolor te ensayas,
Tú tienes en tu virgen fantasía
Amores, esperanzas y alegría.

¡Dolor profundo, el que mi pecho siente!
Mortal tristeza, la tristeza mía!

Mira esta joven orgullosa frente,
Que entusiasmada levantar solía
Cuando impetuosa inspiración valiente
En mi amoroso corazón ardía.
¡Héla abatida y en mortal desmayo
Al estampido súbito del rayo!

En áridos desiertos peregrino,
Donde roncós los vientos de la pena
Rebraman en ardiente torbellino
Y en son terrible que el espacio atruena;
Donde borran las huellas del camino
Rojas balumbas de encendida arena,
Solo y perdido en la mitad del yermo,
Cansada el alma, el corazón enfermo;

Te ví á lo lejos, solitaria palma:
Corrí á buscarte demandando sombra,
Y tú me diste deleitosa calma,
Dátiles dulces, pabellón y alfombra.
Tú perfumaste con tu amor el alma
Que con doliente gratitud te nombra,
Y, á más de darme hospitalario abrigo,
También lloraste, por llorar conmigo!

Y siempre afable y con placer oías
De mis amores la penosa historia:
Tu voz hermosa con mi voz unías
Para cantar y bendecir mi gloria;
Y mis endechas repetir solías
Por grabarlas mejor en la memoria,
Y afanosa después me consolabas
Y esperanzas divinas me soñabas.

Como las tribus de Israél perdidas
Allá en los arenales del Mar Muerto,

Se alegraban al ver las florecidas
Y espléndidas oasis del desierto,
Y olvidaban las ansias padecidas
Y su azaroso porvenir incierto,
Así halló en tu doliente simpatía
Vaga consolación el alma mía.

Vé cuán amargo me será perderte
Y cuánto ahora sentiré dejarte,
Cuando en secreto el corazón me advierte
Que nunca, nunca volveré á encontrarte,
Porque me lanza mi contraria suerte
De tí muy lejos, á ignorada parte...
¡Vé cuán hondos serán y cuán sombríos,
Al irme ahora, los pesares míos!

¡Ayl no se encuentran en el mundo amigas
Que, en mi desgracia, como tú me velen,
Al triste abriguen como tú le abrigas
Y mis angustias como tú consuelen.
¡Qué le importan al mundo mis fatigas?
Egoístas los hombres no se duelen
Del ajeno dolor, y en su ventura
Escarnecen del triste la amargura.

.
El misterioso porvenir contrista
Mi pobre corazón abandonado.
¡Ay del que torna la cansada vista
Al triste resplandor de lo pasado!
¡Ay del que vaga como seca arista
Al soplo horrible del turbión airado!
¡Ay del que llora con dolor profundo,
Solo y perdido en la mitad del mundo!
Mas tú me seguirás en la memoria

Doquier me lleve la desgracia impía,
Cual viva imagen de soñada gloria,
Cual la vaga y etérea melodía
Que aduerme mis pesares, ilusoria,
Cuando abstraída en la nocturna calma
De amor suspira y agoniza el alma.

DE NOCHE

EN LAS PLAYAS DE CHILE

Ya la noche, cual cóndor inmenso
Precursor del eterno misterio,
Con sus alas cubrió el hemisferio
Y los grandes abismos abrió.
Ya derrama en los pechos dolientes
Celestial, voluptuoso beñeño,
Y en sus brazos amantes el sueño
Blandamente acaricia al dolor.
¡Cuánto place al errante poeta
Meditar en silencio y á solas,
Al solemne rumor de las olas
Que levanta el Pacífico Mar!
¡Cuánto place á mi espíritu triste,
Contemplando estrelladas esferas,
Recordar mis antiguas quimeras
Y en la vida futura soñar!
En los mudos espacios oscilan
Tibios rayos de luz indecisa,
Y sus alas recoge la brisa,
Y su cáliz recoje la flor.

Y en la arena se aduerme la ola
Y suspira en confusa cadencia,
Cual suspira la casta inocencia
Cuando sueña un misterio de amor.

Todo yace en silencio profundo
En el cielo, en el mar, en el monte,
En el denso y lejano horizonte
Y en el fondo del negro ataúd.

Sólo gime mi pecho doliente,
Sólo vela y suspira mi alma,
É interrumpe del mundo la calma
Con su eterna, insondable inquietud.

Cual recuerdo de un bien inefable,
Cual sublime y audaz esperanza,
En la vaga y azul lontananza
Del abismo la luna se alzó.

Á su luz reverberan las olas,
Y en las alas sonoras del viento
Se coronan de vivido argento,
Se deshacen cual blanca ilusión.

Á su luz resplandecen las playas
Y los mares profundos ondean,
Y los altos nevados blanquean
Y las albas rompientes del Sud.

Á su luz, á pesar del olvido,
Mi feliz pubertad resucita,
Con su eterna tristeza infinita,
Con su vaga, amorosa inquietud.

.....
¡Ved la luna detrás de los Andes!
Yo me exhalo en suspiros al verla
Cual inmensa, fantástica perla

Coronada de etéreo fulgor.

Los nevados eternos irradian,
Y sus albas y límpidas nieves
Se revisten de púrpuras leves
Y de azul luminoso vapor.

En su angusta ascensión cataratas
Y torrentes y mares argenta,
Y la etérea región transparenta,
Y reviste las sombras de luz.

Y deshace en los montes la bruma,
Y las nubes errantes traspasa,
Las transforma en purísima gasa,
Las disuelve en fantástico tul.

Y la noche despierta y sonríe,
Y se viste de mágicas galas,
Y las brisas desplegan sus alas,
Y murmura en las playas el mar.

Y los ruidos errantes, los ecos,
Que en los báratros hondos se esconden
En lejanos retumbos responden
De Aconcagua al fragor colosal.

¡Oh, qué noche tan diáfana y bella!
Todo es paz, plenitud, melodía:
Es la brisa un raudal de ambrosia,
Son las nubes oasis de luz.

¡Ved la luna en los cielos azules,
Cristalina, fantástica, plena,
Cual la casta inocencia serena,
Rebosando inmortal juventud!

¡Quién pudiera del tiempo implacable
Contener el fatídico vuelo,
Y este mar, esta luna, este cielo

Contemplar en transportes sin fin!

¡Quién me diera estrechar en mis brazos
Mi ilusión más doliente y más bella
Y admirar estos cielos con ella
Y con ella gozar y morir!

¡Oh celeste, inmortal peregrina!
¡Oh amorosa y poética luna!
Siempre ha sido tu luz mi fortuna,
Siempre ha sido mi amor tu beldad.

Con doliente efusión te bendigo,
Porque siempre amorosa te encuentro,
Cual si fueras el mágico centro
De otra vida futura, idéal.

Tu virgíneo candor me entenece
Y entrañables suspiros me arranca.
¡Oh ilusión melancólica y blanca
De mi errante, infeliz juventud!

¡Oh qué bella, qué lánguida y triste
En el cóncavo azul resplandeces!
¡Un delirio infinito pareces
De inocencia, de amor, y virtud!

¡Cuánto place á mi espíritu ardiente,
Del delirio en las alas flotantes,
Contemplar universos radiantes,
Traspasar horizontes sin fin!

¡Cuánto place á mi alma sombría
Inspirarse en insomnios oscuros,
Y en los hondos abismos futuros
Ver las cosas que están por venir!

Yo bendigo estas playas sonoras
Y estas vírgenes selvas floridas,
Porque están perfumadas y ungidas

Por la bella y feliz libertad.

Porque aquí se desploma ya el solio
Del hipócrita y vil fanatismo,
Y en las fáuces del lóbrego abismo
Ese monstruo sacrilego está.

.....
Aquí vagan las sombras augustas
De los héroes de Arauco y Castilla,
Al fulgor de la luna amarilla
Meditando en su gran porvenir.

Al fragor de los rudos volcanes
En los cóncavos valles dormitan,
Ó en los altos perfiles se agitan
Cual si fueran de nuevo á vivir.

¡Ved la sombra gigante de Ercilla
Levantarse en magnífica pompa,
Con su eterno laurel y su trompa
Y su noble, imponente ademán!

Los perinclitos manes de Arauco,
En arranques de júbilo intenso,
Le circundan en círculo inmenso,
Le proclaman su Homero inmortal.

Y dos pueblos ilustres y audaces
En ardientes, intrépidos coros,
Al compás de los vientos sonoros
Le bendicen y aclaman después.

Y al magnífico estruendo los montes
Y los férvidos cráteres truenan,
Y los hondos abismos resuenan
Y los mares responden también.

.....
Yo prefiero una noche serena

Al más bello y magnífico día,
Con su ardiente estruendosa alegría,
Con su claro esplendente fanal.

Yo prefiero las noches sin nubes
Con sus astros que oscilan radiantes,
Cual enormes y eternos diamantes
Que en los negros abismos están.

Esas noches serenas de Estío,
Voluptuosas, románticas, bellas,
Con su inmensa corona de estrellas
Con su augusta y solemne quietud,

En mi alma doliente derraman
Misteriosos, profundos beleños,
Y me infunden dulcísimos sueños
Y me inspiran grandiosa inquietud.

Cuando el Sol en los cielos irradia,
En su luz nuestra atmósfera inunda,
Pero envuelve en tiniebla profunda
De los astros la inmensa beldad.

Así el pobre criterio del hombre,
Cuando ardiente y audaz examina,
Las verdades del mundo ilumina,
Pero ofusca la eterna verdad.

Cuando tiende la noche sus alas
La región inferior oscurece;
Pero inflama la luz y engrandece
La infinita, estrellada región.

Así el genio inspirado y sublime,
Cuando en férvidos éxtasis sueña,
Las miserias del mundo desdeña,
Pero vuela y se lanza hasta Dios!

Es la noche el santuario del genio,

Es la imagen sublime del alma,
Ya fulguren los cielos en calma,
Ya retumbe medroso huracán.

Siempre brilla en el sol y en el día
La existencia terrestre y finita,
Y la vida futura, infinita,
De la noche estrellada en la faz.

DON CASIMIRO DEL COLLADO

LIENDO Ó EL VALLE PATERNO

Del riesgo vencedor y la distancia
Que entre dos mundos pone el mar de Atlante,
Á tí mi acercó, valle de mi infancia,
De temor y esperanza palpitante.

Un siglo es cada instante.
¡Cuán ancho el río! El arenal ¡cuán largo!
Columbro al fin el somo del Candina.
¡Qué lento sube en el azul sereno!
Corro, vuelo, transpongo la colina...
¡Feliz puedo espirar!... Héme en tu seno.

Valle, donde benigna suerte quiso
Cercaran mi niñez dicha y ternura,
Cuando gocé tu paz de Paraiso,
No supe valorar tanta ventura.

Después, maestra dura,
Enseñóme la ausencia entre zozobras
Á comprender, á desear tu calma;
Y vuelvo, como ves, de los extraños
Con heridas de penas en el alma,
Con la escarcha, en el rostro, de los años.

Tú también, valle amado ¡cuán distinto!
Víctima fué de la segur impía
La selva que en gracioso laberinto
Las laderas del término vestía.

Las rocas á porfía
Asoman, cual gigantes osamentas,
Del pie de la montaña al horizonte;
Rastrero abrojo al haya sustituye,
Y la aridez conquista en cada monte
Cuanto el avaro leñador destruye.

No ya, afianzada en sólidas raíces,
En vistosos rectángulos despliega,
Rico marco de espléndidos maíces
La viña sus verdores por la vega;

Ni ya el rabel congrega
Lucio rebaño en pasto redundante.
Pasó, cual plaga egipcia, insecto crudo:
Y con sorpresa amarga, ven los ojos
Tronco de vid, de vástagos desnudo,
Ganado ruin en míseros rastros.

El membrudo garzón de la labranza
Abandona el fecundo ministerio
Á mujeres y ancianos sin pujanza:
De la codicia al riguroso imperio,

En el otro hemisferio
Insegura riqueza solicita:
Torna doliente ó viejo, cuando vivo;
Y del caudal indiano en recompensa
Halla los patrios campos sin cultivo
Y los paternos lares sin defensa.

De primavera á las sutiles áuras,
Al vivífico aliento del verano,

Tu pristina beldad tal vez restauras,
Tal vez recobras tu vigor lozano;

Pero el otoño en vano
Á disfrazar tu desnudez aspira
Con restos de su regia vestidura:
Y al contemplarte misero, discierno
Cuánto cuadre mejor con tu tristura
La túnica severa del invierno.

¡Qué silenciosa soledad! ¡Cuán honda
De tus risueños sotos la mudanza!
¡Por qué no suena por la alegre fronda
El tamboril de la festiva danza?

Diríase que avanza
De la discordia el ominoso espectro
Espiendo tus limpios horizontes:
Del leñador el carro, con chirrido
Áspero, finge en los lejanos montes
De venideros males el quejido.

Cesaron ya los plácidos cantares
Del labrador que, tras la grave yunta,
Retornaba al solaz de los hogares
Do parca cena la familia junta.

Mi corazón pregunta
Con ansia y miedo por amigos techos...
Sació su rabia en unos el estrago :
De otros ya, en espiral, no se levanta
Humo que figuró en el éter vago,
De doméstica paz bandera santa.

Álzase en arco de maciza piedra
Sobre el camino, al pie de la colina,
Mi hogar antiguo: junto al huerto aún medra,
Con nobles cicatrices, vieja encina

Que, cual reina domina
Sobre el mustio follaje del contorno;
Y allá, como en brócal de peña dura,
Mana y desborda cristalina fuente
Que al arroyo vecino se apresura,
No sé si melancólica ó riente.

¡Salve, sacra mansión de mis mayores!
Arrasados en lágrimas, mis ojos
Contemplan tus ruinosos miradores;
Y ante el ansiado umbral caigo de hinojos.

De la muerte despojos
Gran tiempo fueron ya cuantos mi infancia
Rodearon de afección: ellos constantes
En el santuario de mi pecho viven;
Y en mi propio solar fríos semblantes
Hoy como advenedizo me reciben!

Un tiempo—¡ay breve!—la presencia mía
Júbilo en estos muros despertaba:
Siempre un amante labio sonreía;
Siempre una mano amiga se alargaba.

Viejo corcel turbaba
Con alegre relincho en el establo
El rumiar sosegado de los bueyes;
Y olvidaba el mastín, con noble ahinco,
De su cadena las tiranas leyes
Para abrazarme en turbulento brinco.

Entro, subo, recorro cada estancia...
¡Reina aquí el abandono, aquí la inopia!
Quiero inquirir, y en triste resonancia
Devuelve el eco mi palabra propia.

En abrumante copia
Me asaltan los recuerdos: allá miro

El padre austero que al sumiso grupo
De la familia, ejemplo fué admirable;
Acá la santa madre, que hacer supo,
El deber fácil, la virtud amable.

De los rudos patriarcas de la aldea
La abuela, con los nietos consentidos,
En las noches de invierno se rodea,
Al amor de la lumbre reunidos.

Ó suena en mis oídos,
La voz, entre severa y cariñosa,
Del docto sacerdote, á cuyo celo
Debí entender los que el fecundo Lacio
Dió á las humanas letras por modelo,
Maron y Livio, Cicerón y Horacio.

Tenaz repasa la memoria y nimia
Escenas de campestres emociones:
El gozo de la siega y la vendimia,
El entrojarse mazorcas y vellones;

Luego las impresiones
Profundas de domésticos pesares:
La eterna ausencia, la partida amarga,
Las ruinas que en mi mente reconstruyo...
Me asfixia este aire: el vértigo me embarga;
No puedo más; salgo, descendo, huyo!...

Huyo hasta do la altiva pompa extiende
La encina de mis lares protectora.
Aquí mi horrible agitación suspende
La voz del sacro bronce, que á la hora

Del crepúsculo llora:
Voz que al pasado el alma restituye;
Eco de aquella religión de antaño
Que para todo mal tuvo un consuelo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUND. 1935 MONTERREY, MEXICO

Noche y dolor conjúrense en mi daño:
Fulgura en otra esfera el bien que anhelo!
Serenado el espíritu, ve clara
En el limpio cristal de la memoria
La imagen de los tiempos, y compara
La ventura real con la ilusoria.

¡Cuánta lúgubre historia!
¡Cuánto mártir sin nombre! «¡Oh, patria, ex-
[clamó,

»¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica
»En extranjero altar á la fortuna!
»¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica
»Al pie del árbol que asombró su cuna!»

DON NICANOR ZURICALDAY

Fragmento del poema titulado

LA LECCIÓN DE MÚSICA

—«¡Inés! Cuando tú lloras
Escuchando el *¡Hosanna en las alturas!*
Y en lágrimas de amor abrasadoras,
Quieres como tu abuelo,
Rauda volando á las regiones puras,
Beber la luz y el esplendor del cielo;
Cuando de amante tórtola la queja
Hace vibrar como en doliente lira
Los débiles alambres de su reja;
Cuando el aire en sus círculos suspira
Y el árbol que recibe los gemidos,
Con las trémulas ramas se estremece,
Columpiando las hojas y los nidos;
Siempre que el mar en sus riberas crece
Extendiendo su cántico sonoro;
Al despertarse el sol, cuando se acuesta,
Prendiendo el velo azul con broche de oro;
Siempre que el ave canta en la floresta;
Siempre que manso se lamenta el río;